

Entrevista con Silvina Ramos

por Mario Pecheny



Socióloga, con estudios de posgrado en investigación social, e investigadora titular en el Área de Salud, Economía y Sociedad del Centro de Estado y Sociedad (CEDES), Argentina, desde 1990. Actualmente es miembro del Comité Consultivo del Instituto Nacional del Cáncer (Argentina) y del Comité Asesor de Investigaciones en Salud de la OMS. Dirige la Diplomatura Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos. Gestión Integral de Políticas, Programas y Servicios (Universidad Isalud y CEDES), y codirige el Observatorio en Salud Sexual y Reproductiva de Argentina. Ha sido miembro de la comisión directiva de la organización de derechos humanos Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) de Argentina, de la Comisión sobre Información y Rendición de Cuentas para la Salud

de las Mujeres y los Niños, creada por la OMS por requerimiento de Naciones Unidas y fue Vicepresidenta del Comité de Política y Coordinación (PCC, por sus siglas en inglés), del Programa Especial PNUD/UNFPA/OMS/Banco Mundial de Investigación, Desarrollo y Formación de Investigadores sobre Reproducción Humana (HRP, por sus siglas en inglés) de la OMS. Forma parte de los Comités Editoriales de la revista *Reproductive Health Matters*, del *Latin American Center on Sexuality and Human Rights Electronic Journal*, y de la *Revista Argentina de Salud Pública*. Ha desarrollado investigaciones en los campos de la sociología de la medicina, sistemas y políticas de salud y salud pública, con particular foco en la salud y los derechos sexuales y reproductivos. Tiene una amplia experiencia como docente en instituciones de salud, públicas y privadas, de la Argentina y latinoamericanas, en los campos de metodologías cualitativas, sociología de la salud, y salud sexual y reproductiva. Ha publicado libros y artículos académicos y de divulgación, entre ellos se destacan *La política pública de salud y derechos sexuales y reproductivos en la Argentina: aportes para comprender su historia*, ‘Los derechos sexuales son derechos humanos’, ‘El acceso al aborto permitido por la ley: un tema pendiente de la política de derechos humanos en la Argentina’, y *Mortalidad materna en la Argentina. Problema de salud pública y derechos humanos*.

La idea de esta charla es que nos cuentes, primero, cómo fue que empezaste a trabajar en temas ligados a la sexualidad y a los derechos.

Yo empecé a trabajar en estos temas antes de que existiera en la agenda académica y política argentina el concepto de derechos sexuales y reproductivos, incluso antes del concepto de salud reproductiva. No es que estas ideas no estuvieran circulando implícitamente en muchos de los discursos políticos y análisis académicos, sino que no

eran llamados como tales, o por lo menos yo personalmente no los tenía tan claros. Quizás las dos cosas. Comencé a trabajar en este campo a fines de la década de los setenta, principios de los ochenta. Y en realidad empecé a trabajarlo desde la agenda de la mujer y la agenda feminista, vinculado al tema de maternidad. Mi primer trabajo fue una investigación sobre la experiencia de la maternidad en mujeres de sectores populares. Fue una entrada muy atada a la cuestión de la mujer y de las decisiones reproductivas, donde – está demás decirlo–, la sexualidad estaba presente pero no era el foco principal. Además, la sexualidad no estaba en esa época tan claramente puesta en la agenda ni de la investigación, ni de la reflexión política, salvo las primeras olas del feminismo argentino y latinoamericano, donde el tema de sexualidad sí había formado parte, incluso de los grupos de reflexión de los que yo había participado de muy jovencita buscando las respuestas a algunos malestares personales y algunas preocupaciones políticas que para ese entonces empezaban a formar parte de mi vida adulta. Pero en esa época no eran temas *top* de la agenda, y menos aún de la agenda académica en estas latitudes.

¿Qué época era?

Fines de los setenta, principios de los ochenta. Por lo menos no lo era en la Argentina, o yo no me había enterado quizás. Era la época signada por el final de la dictadura¹, con mucho para hacer en mi hogar y mi vida afectiva, y profesionalmente hablando, con un trabajo de campo complejo por cuestiones relacionadas con la seguridad, por el temor personal, y también el miedo colectivo. Así empezó mi trabajo de investigadora, como socióloga. En ese entonces me empecé a interesar muy fuertemente en el tema de la maternidad, por una mezcla de experiencia personal y de lo que percibía era un fuerte contraste entre esa experiencia y el “mundo exterior”. Yo estaba embarazada de mi primera hija, Julia, y estaba haciendo ese trabajo de campo como parte de una investigación mayor que en el CEDES dirigía Elizabeth Jelin –quien fue mi mentora en esos años– y que se proponía comprender las dinámicas familiares y de sobrevivencia de los sectores populares; un trabajo cualitativo sobre este tema de los primeros que se hicieron en la Argentina y que sirvieron para inaugurar una línea de trabajo, legitimar la investigación cualitativa para comprender la realidad social y, personalmente, para darme cuenta de que la investigación

¹ En la Argentina, la dictadura militar iniciada en 1976 concluye el 10 de diciembre de 1983 con la asunción de Raúl Alfonsín como Presidente electo, y hasta la actualidad continúa la democracia.

era una de mis pasiones y que la situación de las mujeres era muy diferente para unas y para otras. Como siempre ocurre, el trabajo de campo te abre los ojos mucho más que lo que un texto puede hacerlo. Me acuerdo una anécdota puntual de ese trabajo. Yo estaba embarazada, con mi panza ya bien crecida, y había tomado el tren para hacer mis entrevistas en unos barrios humildes de la zona de Bernal oeste –en esa época se podía viajar en transporte público casi sin problemas–. Llego a la casa de esta familia a la cual ya conocía porque había hecho mi tesis de licenciatura sobre relaciones de parentesco y ayuda mutua entrevistando a esa familia. Por ello ya tenía construido un vínculo muy estrecho con la dueña de la casa, se llamaba Nicolasa y tenía seis hijos y 32 años. La volví a encontrar en esos momentos a propósito de una nueva investigación sobre maternidad en sectores populares. Yo venía con todo el entusiasmo de mi embarazo recontradeseado, las ansiedades de los preparativos para internarme en la clínica pues estaba próxima a parir, y hablando con Nicolasa –a quien también encontré nuevamente embarazada y a punto de parir– y totalmente por fuera del guión de la entrevista, le pregunto: “Nicolasa, ¿ya preparaste el bolsito?”. Entonces ella me mira fijo a los ojos, con esa cara de desconcierto que sólo alguien que no entiende absolutamente nada de lo que le estás preguntando, y me responde con otra pregunta “¿Qué bolsito?”. Esa pregunta y esa respuesta para mí fueron una de las revelaciones más claras de la distancia social, cultural y económica que me separaban de ella; de las diferencias que nuestras vidas tenían cuando el deseo de tener un hijo y la resignación de no poder no tenerlo estaban cristalizadas en nuestras almas. Nicolasa iba ya por su séptimo hijo, yo iba por mi primera hija, y el bolsito que yo cuidadosamente venía “previsoramente” soñando y preparando para cuando llegara el momento de parir, para ella era un espacio vacío, un sinsentido. A partir de allí a mí se me dio vuelta la forma de pensar sobre la maternidad, sobre las decisiones de ser madre. Fue así, a partir de una pequeña anécdota absolutamente íntima. No es que yo no estuviera sensibilizada para las cuestiones de género, porque ya había participado de discusiones feministas y había leído algunos textos. No es que yo descubrí la condición de la mujer y la diferencia de clase en nuestras tan diferentes experiencias de la maternidad en ese preciso momento. Pero lo había leído, y nunca lo había vivenciado de cuerpo y alma como me sucedió en ese momento, con una mujer a la cual yo quería, con quien teníamos un buen vínculo y a quien estaba intentando comprender. Yo había hecho mi tesis de licenciatura

visitándola una vez por semana a la familia, almorzando con ellos, tomando mate por las tarde, tenía un vínculo muy estrecho con ella, su pareja y sus hijos, y creía haber entendido la enorme distancia social y cultural que entre nosotros existía. Y sin embargo, en ese momento, le hice la pregunta de una extraña, la pregunta de una eternauta². Ésa fue una experiencia muy significativa en mi vida. No era la primera vez que hacía trabajo de campo, ni la primera vez que me enfrentaba a distancias culturales y sociales con la población vulnerable. Y tampoco era la primera vez que pensaba la condición de la mujer, Sin embargo, esa anécdota, esa experiencia fue toda una revelación para mí, fue un mundo nuevo.

A veces son decantaciones de procesos...

Sin duda no fue una casualidad, sino, como vos decís, la decantación de un proceso. A mí ella me puso el dedo en la llaga; y ese encuentro-desencuentro significó para mí un antes y un después. Y ahí empecé a trabajar con mucha dedicación en el campo de la salud reproductiva –en realidad en temas que luego fueron conceptualizados como salud reproductiva, porque a principios de los ochenta esa categoría no existía ni política ni teóricamente–. Así fue que los temas de sexualidad y la reproducción llegaron a mi vida por una experiencia personal vinculada a la maternidad. Es decir, esa experiencia de maternidad que atravesaba mi cuerpo, que atravesaba el cuerpo de esa mujer, que se entramaba en nuestras condiciones de vida. Eso fue para mí muy marcador, porque me señaló una agenda que siempre fue personal y, al mismo tiempo, política. Así siguió siendo por muchos años, hasta ahora por lo menos... Y yo puedo reconstruir mi vida personal y mi vida profesional muy marcada por este tipo de episodios donde lo personal y lo político están juntos. A mí no me entró por leer un libro o participar de un grupo de reflexión, esto de que lo personal es político y lo político es personal; a mí me entró por una experiencia de vida que tuvo este episodio, con lo simple que es, como una puerta mágica, y como vos decís, seguramente también como una experiencia que habilitó que muchas otras “cosas” decantaran. Y a partir de ahí he tenido muchas otras experiencias parecidas en las cuales mi vida y mi agenda personal quedan marcadas por la agenda política y viceversa. Creo que una tiene momentos

² *El Eternauta* es una historieta argentina de ciencia ficción creada por el guionista Héctor Germán Oesterheld y el dibujante Francisco Solano López. Con ese término, la entrevistada parece aludir metafóricamente a su condición de perteneciente a otro mundo.

estelares en su vida profesional, destellos de entendimiento, y yo recuerdo esa experiencia como un momento estelar donde me cayó una ficha que quedó instalada para siempre. Desde allí se me configuró una manera de pensar las cosas y de acercarme afectiva, ideológica, política y académicamente a estos temas.

A principios de los ochenta, vos deberías ser la única, en un sentido literal, trabajando desde las Ciencias Sociales sobre aborto en la Argentina. Porque, precozmente para lo que es el campo, metiste el dedo en la llaga y no te fue mal. Fue bien recibido por la comunidad de las Ciencias Sociales. Pero ¿cómo hiciste para tener un lenguaje, en qué te apoyaste, cómo le contaste a quien era tu directora, jefa o interlocutora: “Quiero trabajar con aborto en sectores populares”, estando todavía en la dictadura o por ahí cerca?

Y sí tuve buenas oportunidades. Porque mi primer artículo publicado fue en la revista *Ciencia Hoy*, una de “las” revistas “científicas” de la época; esa publicación fue toda una revolución: que una revista “científica”, de las ciencias “duras”, duras de verdad, aceptara un artículo sobre aborto de una socióloga que, además, trabajaba en investigación cualitativa que tampoco estaba muy difundida en mi país, más bien diría que era un tipo de investigación bastante “rara”, incluso para los propios científicos sociales... Recuerdo ese artículo con mucho cariño y otra vez te diría que tuvo que ver con una cuestión personal. Yo venía de trabajar en mi investigación sobre maternidad en sectores populares y me fui a trabajar sobre aborto. Fueron como las dos caras... no te voy a decir de la misma moneda porque no es así; pero transité de un lado a otro con los dos temas más fuertes, por lo menos en esa época, en el campo de la salud reproductiva, o de los derechos sexuales y reproductivos, con los dos temas más fuertes en la vida de una mujer. Ahora una ve que la agenda se ha complejizado mucho más, que hay otros temas que son importantes, pero para principios de los ochenta, éstos eran temas inexplorados, porque nadie los había tratado en la Argentina. Entonces tenían la dificultad de ser temas nuevos, porque uno no tenía en dónde apoyarse, pero también tenían toda la gracia de estar de alguna manera “conquistando un territorio”, hablando de lo que no se había hablado, mostrando lo que no aparecía en ningún lado. Y además, en ese caso particular, el hecho de que el artículo fuera aceptado en una revista científica “de verdad”, *Ciencia Hoy*, fue para mí un plus de satisfacción.

Por otra parte, para quienes no saben de la Argentina, ni carrera de Sociología había en la universidad pública en ese momento, porque la dictadura militar la había cerrado.

Sí, yo estudié en una universidad privada, en la Universidad de El Salvador, en esa época liderada por los jesuitas. Pero te diría que ese artículo sobre aborto, para mí –una vez más– resultó de la combinación de una agenda personal y una agenda política. Yo había transitado por experiencias de aborto en mi adolescencia, habían sido experiencias positivas en el sentido de que yo siempre sentí que había hecho lo que tenía que hacer y lo que quería hacer. Pero no habían sido sencillas, como te podés imaginar, en aquella época, con la tecnología disponible, y para una muchacha que no tenía tantos recursos de información y tampoco económicos. A pesar de mis inquietudes adolescentes, era una época muy diferente a la de ahora ... Y creo que tanto en la investigación sobre la maternidad, estando embarazada de mi primera hija, como en mi investigación sobre aborto, de alguna manera se filtraban mis experiencias vitales. Yo no lo busqué, no fue un plan, simplemente se me dio. Y hasta el día de hoy, por diferentes razones, no concibo mi vida profesional sin ese tipo de tejido... no es que crea que yo tengo que “hacer” o “vivir” lo que voy a estudiar, no lo digo en ese sentido literal, pero siempre estudio y trabajo sobre temas que me despiertan un compromiso personal y vivencial. Y creo que por eso nunca me fui del campo de la salud reproductiva, aún a pesar de haber transitado por otros temas de la sociología y la economía de la salud. No me fui porque tengo la sensación de que por cómo se me dio la experiencia personal y por cómo lo busqué, en este campo me siento como una pata nadando en el agua, en su estanque de agua.

Después de 25 años de trabajos profundamente sociológicos, tu mirada no era una cosa testimonial, victimista, ni filosófica de “la mujer sojuzgada liberándose”, sino que era profundamente sociológica. Ligada también al hospital público, a sectores populares...

Yo tuve por un lado una buena escuela. La gente que me enseñó aquí en el CEDES³, Elizabeth Jelin⁴, Jorge Balán⁵, María del Carmen Feijoo⁶, que también me ayudó mucho en

³ Centro de Estudios de Estado y Sociedad.

⁴ Jelin, Elizabeth. *Migración a las ciudades y participación en la fuerza de trabajo de las mujeres latinoamericanas: el caso del servicio doméstico*. Buenos Aires: CEDES, 1976. Jelin, Elizabeth. *Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976*. Buenos Aires: CEDES, 1977.

esa época, fue decisivo para mí. Es bueno tener maestros y maestras, es casi una de las mejores cosas que te pueden pasar. Ellos no me dejaron irme por las ramas ni sanatear⁷ con mis temas de preocupación académica y política, y como yo siempre fui una persona con mucha simpatía por la indisciplina, en esa cara de mi luna, ellos me hicieron mucho bien. Además, desde muy temprano en mi vida de estudiante confié en la ciencia. Aunque pueda parecer una antigüedad, yo sigo creyendo –y creo que sin muchas ingenuidades a esta altura de mi vida– que la investigación científica es un instrumento de acción política enormemente poderoso, además de ser un poderoso instrumento para la creación de conocimiento. Es enormemente poderoso. Y siempre traté de trabajar en esa dirección. Y si miro mi historia, aunque probablemente otros tengan más elementos de juicio que los que yo tengo para evaluar esto, me parece que siempre sentí que hacía política con la ciencia, hacía política con la investigación, que es lo que sé hacer y es lo que me gusta hacer.

Y cómo te fuiste insertando hasta llegar a ser, sobre todo en esos inicios, una profesional de las Ciencias Sociales en estos temas. ¿Vos estudiaste y enseguida te incorporaste a equipos hasta tener tus propias cosas?

Yo tuve una enorme suerte en este aspecto que fue, por un lado, estudiar en la Universidad de El Salvador, en una época muy difícil de la Argentina, un espacio donde había un clima de camaradería, grupos de estudio que nos autogestionábamos. Era la época de la dictadura, compañeros que desaparecían, era muy duro, confuso, difícil; conocemos ya lo que significó esa época en la Argentina. Sin embargo, en ese espacio de mi universidad hubo un clima de enorme confraternidad, de enorme reflexión, de mucho compañerismo, curiosidad, ganas de aprender, de discutir; y tuvimos la suerte de tener buenos profesores, de aquellos que no se habían tenido que exilar o que no habían podido hacerlo, pero que tampoco habían caído muertos por la represión. Esos que se quedaron y sobrevivieron con sus ideas críticas intactas fueron nuestros maestros. Y ese clima me formó mucho mejor de lo que la

⁵ Balán, Jorge. *La cuestión regional en la Argentina: Burguesías del interior y el mercado interno en el desarrollo agroexportador*. Buenos Aires: CEDES, 1978. Balán, Jorge. *Estructura agraria, desarrollo capitalista y mercados de trabajo en América Latina: La migración rural-urbana en una perspectiva histórica*. Buenos Aires: CEDES, 1978.

⁶ Feijoó, María del Carmen. *Buscando un techo: familia y vivienda popular*. Buenos Aires: CEDES, 1984. Feijoó, María del Carmen. 'De Norma Rae a Silkwood: mujer y trabajo'. En *Nueva Sociedad*, jul-ago 1985, pp. 48-54.

⁷ Término del Lunfardo (lenguaje popular de la Argentina) que refiere a hablar mucho y sin sustancia o en forma intencionalmente confusa (<http://diccionario.babylon.com/sanatear/>, 17/03/2010).

universidad en sí misma me podía formar. Y después tuve la enorme suerte de entrar al CEDES cuando era muy jovencita, trabajando *ad honorem*. También con un grupo de gente que tenía un alto compromiso con la academia y con la política. También esa etapa me marcó mucho. Si vos mirás mi biografía personal, yo hice, dentro de lo que pude, de las oportunidades que la vida me fue dando y de las decisiones que fui tomando, una carrera académica. Pero yo no me fui a estudiar afuera por razones estrictamente personales, lo que quizás en esa época me hubiera permitido pegar un salto cualitativo en mi formación. No me quise ir porque estaba formando una familia y no me importó “sacrificar” mi formación académica afuera de mi país, donde seguramente tenía mejores opciones. No lo hice porque me estaba armando a mí misma, estaba armando una familia y para mí en ese momento esas dos cosas eran lo más importante. Y creo que hice bien. Me formé en la época de la dictadura, época en la cual podías ser partícipe de la inauguración de un campo de investigación en la Argentina. Y a pesar de que eso te hace sentir un poquito huérfana, un poquito sola, al mismo tiempo te da un espíritu de aventura y de conquista, con mucha adrenalina. Y la verdad es que creo que los primeros trabajos que hice, de la mano de mis maestros en el CEDES, acompañada primero y un poco más independiente después, marcaron cierta agenda en mi país. Y eso también es muy satisfactorio y halagador. Y así fue, siempre pivoteé entre el feminismo, la academia y el activismo de las ONGs de mujeres en la Argentina, no sé bien cómo hice, pero mezclé todo. Y fundamentalmente, me sentí útil y me divertí.

¿Y tuviste alguna militancia partidaria?

Nunca. Nunca y nunca quise. Nunca pude. Yo siempre me pregunto por qué. Quizás he sido demasiado prejuiciosa con ellos; pero los partidos políticos nunca me gustaron, siempre me parecieron demasiado estrechos de miras... y como creo que debe haber siempre gente en todos los lugares y como creo que hay muchas formas de hacer política, nunca me dio demasiada culpa no integrarme a ninguno.

Claro, porque esta agenda tardó tantas décadas en entrar en la agenda de los partidos...

Sí, en parte por eso también. Pero yo soy una persona con ciertas dificultades para encuadrarme, y los partidos políticos siempre me parecieron terriblemente disciplinarios.

Siempre me sentí libre trabajando como investigadora y siempre sentí que era mi forma de hacer política. Yo no tenía el complejo de que el mundo académico tiene que estar alejado de la política. Por lo menos para mí nunca lo estuvo.

Y volviendo a esos momentos iniciales, pero también en perspectiva, ¿qué corrientes, disciplinas, autores, autoras, profesoras, pensás que influyeron en tu formación actual?

Siempre cuento esta anécdota muy simpática, y es que después de varios años de estar trabajando, la gente pensaba que yo era antropóloga, y no socióloga. Y creo que eso fue porque en parte yo tengo un fuerte cariño por una aproximación directa a la realidad, que es una tradición de la Antropología más que de la Sociología. Una aproximación muy directa a la gente, al campo, al objeto de estudio, como lo quieras llamar. No he sido nunca una investigadora de escritorio, y creo que no lo podría ser. Con todo respeto, no tengo nada en contra de eso, pero cada uno encuentra sus estilos y aporta lo que puede y sabe. Entonces, en materia de disciplinas, te diría que la Antropología fue lo que me hubiera gustado ser y no fui, pero tampoco se me ocurrió estudiar eso, se me ocurrió estudiar Sociología. Pero fijate que incluso cuando yo empecé a hacer Sociología, de la mano de quienes fueron mis maestros, Elizabeth Jelin y Jorge Balán, hacía sociología cualitativa, que en esa época existía poco y nada en la Argentina, más nada que poco. Con lo cual fue contribuir a inaugurar una corriente de trabajo y de metodologías y técnicas poco exploradas, que permitían esa aproximación directa a los sujetos, ese desafío de comprender sus acciones, encontrarles el sentido, entender sus porqués. Y lo aprendí de la mano de quienes me enseñaron a trabajar en y con la ciencia en esa época, los maestros de carne y hueso. Porque una cosa es leerlo en un libro, libros existían, pero otra cosa es tener una práctica cotidiana con una persona que te supervisa, te corrige, te critica, te ayuda, te muestra. Yo sigo creyendo que la investigación es una actividad artesanal, a pesar de todos los manuales y cursos online, a pesar de las maestrías o doctorados. Yo sigo creyendo en la enorme potencia del vínculo entre el maestro o la maestra y la discípula. Te diría que mi formación fue bastante heterodoxa, por un tema de elección personal y de circunstancias históricas: en la Argentina no había ni maestrías, ni doctorados. La investigación social estaba concentrada en algunos pocos centros pequeños, y hacer trabajo de campo en algunas circunstancias era riesgoso, porque era la época de la dictadura. Y después seguí muy

vinculada al estilo de investigación que aprendí a hacer desde chica, no cambié mucho en ese sentido. Fui abriéndome a otros espacios, me empecé a preocupar también por las políticas sanitarias, las intervenciones en hospitales y centros de salud, pero creo que esencialmente nunca cambié esa predilección por el estudio de lo microsocioal. Me importa entender a la gente y ese entender a la gente –con matices, con diferencias, con más o menos computadoras– ha sido el motivo de mi trabajo. No tengo libros de referencia muy claros, aunque si tuviera que nombrarte a dos de los que claramente recuerdo me dejaron huella fueron *La imaginación sociológica* de Wright Mills, y *Taking chances* de Kristin Luker. Ahora contarte por qué cada uno de estos dos libros me marcaron sería para otra hora de conversación. Dejemos el misterio ahí. Pero también debo recordar aquí que ya a principios de los noventa, mi encuentro con José Barzelatto fue una fuerte inspiración para mi carrera profesional. Hay maestros que te enseñan a trabajar, a ser metódica, a no olvidar detalles, a ser creativa cuando lees un texto, a interpretar las cosas con criterio, sentido común, y teorías. Y hay otros maestros que te inspiran. Así fue José para mí. Y desde que comencé a trabajar más decididamente en el campo de la salud reproductiva, él fue siempre una fuente de inspiración, una autoridad moral, un investigador, un médico, un activista, un creativo, un líder, todo junto y más. Y junto con mis primeros maestros y maestras en el CEDES, fue quien me acompañó desde afuera y después ya quedó adentro, como un maestro interior.

¿Y cómo fue que empezaste a relacionarte con compañeros y compañeras de otros países de América Latina u otras regiones?

Ésa es una buena pregunta, porque yo empecé a trabajar como investigadora en una época muy cerrada de la Argentina. Los primeros años yo sólo leía cosas de afuera, no sabía ni la cara que tenía ni, a veces, dónde vivía la persona que estaba leyendo. Empecé a abrirme más al mundo cuando terminó la dictadura, se recuperó la democracia, y esa apertura estuvo muy vinculada tanto a mis tareas como militante feminista, vinculada a salud reproductiva, como a mi rol como incipiente investigadora. Comencé a recorrer el mundo en ese doble circuito, siempre tratando de llevar mis aportes como investigadora al mundo del activismo y la agenda del activismo y de sus preocupaciones políticas a mi agenda como investigadora. Yo siempre me reconocí y me autodefiní, y me sigo reconociendo y autodefiniendo como investigadora. Con una manera quizá particular de ser investigadora,

no lo sé, quizás sea más común de lo que yo lo veo, y por cierto a veces he encontrado primos hermanos, pero por cierto no han sido tantos en mi generación.

Y de estos colegas de América Latina hay alguno o alguna que digas “estamos pensando parecido” o, al contrario, mirar dónde están y dónde estamos nosotros...

Por haberme criado y socializado en una institución como el CEDES, yo tuve acceso –y eso es un enorme privilegio del cual siempre estaré agradecida– a instituciones y colegas de América Latina en los momentos tempranos de mi carrera profesional. Y tanto la gente de El Colegio de México y la gente del NEPO⁸ de Brasil, fueron para mí referencias académicas. Después hubo generaciones más jóvenes, mis pares, pero yo conocí a esas instituciones y a sus primeros maestros –como Elsa Berquó en el NEPO o Susana Lerner en El Colegio de México–. Creo que el hecho de haber trabajado en el CEDES aún antes de recibirme de socióloga –donde empecé *ad honorem* y después se abrió la posibilidad de una beca de formación en investigación en el programa de jóvenes investigadores que el CEDES inauguró a principios de los años ochenta–, fue una oportunidad que me abrió al mundo latinoamericano de una manera que yo no sé si hubiera podido hacerlo desde otra institución o por mí misma. Pensé que esto era a mediados de los ochenta o un poco antes. Por lo tanto, respondiendo a tu pregunta de si hay algunas instituciones académicas referentes en esos primeros años de mi formación, te diría que esas instituciones fueron sólo latinoamericanas. Quizá también porque no fui a estudiar afuera, entonces no tenía un “afuera” propio, sino que sólo tuve el afuera cuyas puertas me abrían mis maestros y un vínculo institucional del CEDES muy estrecho en esas épocas con otras instituciones de América Latina.

Y ahora en estos últimos años, ¿cuáles son los temas que estás trabajando y cuáles te están preocupando?

Nunca dejé de trabajar el tema del aborto. Si hay un tema que ha recorrido toda mi vida profesional ha sido éste, y creo que me voy a morir trabajando sobre el aborto porque creo

⁸ Núcleo de Estudios de Población de la Universidad Estadual de Campinas. De este trabajo de cooperación entre las tres instituciones surgieron publicaciones como Maria Coleta De Oliveira (comp.) *Cultura, adolescencia saúde: Argentina, Brasil e México*. Brasil: CEDES/Colegio de México/NEPO/UNICAMP, 2000; y Mónica Gogna (coord.) *Programa de salud reproductiva para adolescentes. Los casos de Buenos Aires, México D.F. y San Pablo*. Consorcio Latinoamericano de programas en la salud reproductiva y sexualidad/CEDES/Colegio de México/NEPO/UNICAMP, 2001.

que es un tema infinito para la condición de las mujeres en variados aspectos, que no sólo tienen que ver con el derecho al cuerpo, o la libertad reproductiva, o con el derecho a una maternidad segura y protegida socialmente, sino porque siento que es algo así como parte de mi misión en esta vida. Y ahí es donde se me junta nuevamente mi agenda personal con la agenda académica y política. Creo que el tema del aborto no lo voy a agotar nunca, y tampoco me agotará a mí. Lo sigo trabajando desde muy diferentes lados, facetas. Sigo creyendo, quizá ahora más sólidamente que al principio, que es **el tema** de la agenda de las mujeres, **el tema**, por muchas razones: porque junta lo personal y lo político, porque tiene que ver con la intimidad y las relaciones sociales, y porque además a mí me atravesó mucho como mujer, como activista y como investigadora. Por donde lo mire es un tema en mi vida que apareció y vino para quedarse. Después, otros temas pueden ir y venir, y de hecho ha habido otros. He pasado de una mirada cualitativa y microsocia a una mirada más macrosocia y más política, en términos de políticas públicas, y éste fue creo el pasaje que me tomé en los últimos 15 años.

Y volviendo al tema del aborto, en estos treinta años ¿cómo ves que fue, si fue, evolucionando el tema en términos de planificación política y como objeto de investigación? Se fue complejizando, pero qué se ha perdido, qué se ha ganado, qué permanece...

Primero una obviedad –yo creo que las obviedades son importantes, no pasan de moda–: es un tema más visible que cuando yo lo empecé a estudiar, con todo lo que eso significa. Más visible significa que está expuesto a más preguntas, a más interrogantes, que hay más sujetos que hablan de él, lo cual también lo complejiza como objeto de estudio y de lucha política. Y el ser más visible lo hace más complejo, porque está sometido a mayor cantidad y calidad de debates. Mientras el aborto era sólo un tema de activistas feministas y, en el mejor de los casos, de algunas investigadoras, todo se resolvía “con más facilidad” para nuestra propia cosecha, porque una derramaba poco en la sociedad y la cultura. Cuando el aborto pasa a ser un tema de todos y todas públicamente–porque desde el punto de vista privado siempre fue un tema de todos y todas–; cuando pasa a ser un tema de más cantidad y diversidad de actores sociales, empieza a perder su purismo original y pasa a ser objeto de muchas voces, y así de más contradicciones y controversias. Es un proceso que uno observa también en otros campos, no creo que suceda sólo con relación al aborto. Entonces, lo que

yo puedo observar, volviendo a las obviedades, es que el aborto es hoy un tema atravesado por muchos discursos y muchas visiones. Hay diversidad de actores, no necesariamente compartiendo la misma idea sobre el aborto, pero creo que esto a su vez es lo que ha permitido que el aborto se convierta en un tema político, de la política y de lo político. A mí no me preocupa en lo más mínimo que el aborto se vaya por fuera de las fronteras del feminismo. Visto en perspectiva y desde mi perspectiva, es un tema que ha ganado espacio y legitimidad por donde lo mires.

Y en esta triple confluencia de feminismo, salud reproductiva y aborto, ¿se movió un poco la estantería cuando entraron nuevos actores a través de la cuestión del SIDA o de la no-heterosexualidad, cuando empiezan a formar, no sin tensiones, una agenda común entre salud reproductiva, feminismo y diversidad sexual, VIH, trabajo sexual? Surgen nuevas cuestiones en una agenda –a veces compartida, a veces no–, que comparte un mismo público, una cultura institucional. ¿Cómo lo experimentaste vos?

Yo nunca lo viví ni lo pensé como un problema. Básicamente porque lo que yo he trabajado siempre me ha parecido relevante, nunca me sentí amenazada. Quizá es una cuestión de personalidad, pero siempre sentí que había lugar para todos. Nunca tuve esa sensación, que sé que alguna gente ha tenido, de que “es una cosa o la otra”. Creo que la agenda de los derechos sexuales y reproductivos es una agenda extremadamente frondosa y no me siento antigua centrándome en el tema del aborto como tampoco queriendo investigar la maternidad. A veces pienso: mis dos primeros trabajos fueron “maternidad y sectores populares” y “aborto en sectores populares”, y vos podés preguntarme ¿cómo juntás eso? Yo los junté adentro mío, no sé cómo, pero lo junté y para mí un tema fue tan importante como el otro.

Y hablando de articular los dos temas, uno de los problemas, desde mi perspectiva, cuando aparecen todas estas cuestiones en la agenda, es que la heterosexualidad es homogeneizada por *default*. Es una categoría que pareciera ser homogénea, casi unívoca, y entonces se habla de *la* maternidad, *el* aborto, cuando los trabajos tuyos muestran que no es así. En la heterosexualidad uno pone el singular, pero las experiencias de la sexualidad por género, por clase, por otras dimensiones, son mucho más heterogéneas y hasta contradictorias.

Está buenísimo lo que decís, porque me hacés recordar una vieja discusión que tenía hace unos años. Cuando el campo empezó a complejizarse y a entrar en diálogo las sexualidades

con lo que era la matriz histórica e inercial de este campo temático, el tema de la heterosexualidad pasó de ser un patrón hegemónico a creerse que ese patrón era “todo lo mismo”. No hubo mucho tránsito. Yo no he estudiado lo que te estoy diciendo, mi opinión es algo impresionista y fruto de reflexiones que voy teniendo conmigo misma a lo largo de los años. Pasó de ser una mirada hegemónica a creerse que era todo lo mismo, que lo diferente era sólo lo no heterosexual. Mientras que, como vos señalás y yo comparto, lo heterosexual es muy diferente dentro de sí mismo o misma. Creo que se perdió la mirada de la diversidad dentro de la heterosexualidad. Pareciera que la diversidad es la que traen de la mano las nuevas sexualidades. No las “nuevas”, perdón, las sexualidades que empiezan a ser visibilizadas en las últimas dos décadas.

Desde el punto de vista teórico, ¿cuáles son, a tu criterio, los aportes más enriquecedores y críticos en esta materia? ¿Y cuáles pensás que cumplieron su ciclo?

Siempre he sido una investigadora extremadamente –para bien y para mal– heterodoxa. Quizá tenga que ver con mis propias limitaciones de la época en que estudié, en la que no había tanta fascinación por lo teórico. Cuando yo estudié no había teoría o, por lo menos, a mí no me la enseñaron, con lo cual la fui aprendiendo mucho después. Esto es lo que me ha pasado en mi vida, y uno habla por su vida, no hay otra manera de hablar que no sea por tu vida. Yo creo esto en general y no te lo digo porque estemos haciendo una entrevista cara a cara o porque estemos hablando de mi biografía personal, o intelectual, o profesional. Yo soy –con las limitaciones que pueda tener, que no las descarto– de las personas que creo y he hecho mi vida profesional siempre de lo empírico a lo teórico, y no al revés. Para bien y para mal. No estoy diciendo que no he estado condicionada, o que sea una tábula rasa o que no lleve conceptos y teorías en mi mente cuando voy al campo, o cuando diseño un cuestionario, o cuando analizo un material. Pero siempre me salió más fácil el movimiento de algo que me preocupa, me llama la atención o veo en la realidad, y después voy a buscar quién me ayuda a comprender ese fenómeno con la teoría, con las teorías, y no al revés. En ese sentido para mí no existen las teorías perimidas. Puedo estar más o menos informada sobre algo, más o menos formada en algo, las teorías pueden estar más o menos de moda, pero nunca están perimidas, en el sentido de que ya no te sirvan para nada. Creo que la teoría es un instrumento como lo es una pala, pero no es el único y a veces ni siquiera es el

más importante, e incluso frecuentemente necesitás varias palas o una pala y un pico para hacer un buen hoyo en la tierra o marcar un surco.

En estas entrevistas también focalizamos en algunos puntos que trajiste y quería retomar dos o tres. Uno es este tránsito en el terreno de las políticas públicas, de la academia, del ámbito no gubernamental y de los movimientos sociales, que algunas lo señalan como una tensión insuperable, y que en tu historia personal no parece haber sido problemático en un sentido fuerte de la palabra. O ciertas negociaciones que implican nadar en esas distintas aguas, si es que son distintas. ¿Cómo fue tu experiencia? ¿Cómo evaluás este diálogo?

Interesante tu pregunta, muy linda. En mi trayectoria siempre me definí –para mí misma, como cuando uno se va a dormir o se levanta a la mañana– como investigadora, y lo voy a seguir haciendo. Me siento como pez en el agua con eso. A lo largo de mi vida he sentido, y cada vez más, que es mi lugar en el mundo, que de ahí yo puedo mirar el mundo y desde ahí le puedo hablar al mundo. Me pueden escuchar más o menos, eso a esta altura no me importa mucho, me importa más que yo tenga algo para decir que considere valioso. Y ése es el lugar en el que me siento cómoda, desde el que tengo algo para decir, y me siento confiada en eso. Entonces creo que ése fue y sigue siendo mi lugar, que sin duda tuvo distintos momentos, porque una no es la misma a los 54 años que a los 20 años cuando empecé a trabajar en el CEDES. No puedo decirte que sigo siendo la misma persona, sería una necedad, pero sí puedo decirte que, con fuertes matices, siempre sentí y creí que era una investigadora. Y después me movía en otras esferas, en el activismo, en la función pública, pero yo siempre llevé mi investigación y mi lugar conmigo, entonces no me conflictuó mucho. Por ejemplo, mi vínculo con el activismo, con el feminismo fue muy temprano en mi vida. Yo participé de la reunión de fundación de la Red de Salud de Mujeres Latinoamericanas y del Caribe en 1984, y era muy jovencita. Por ciertas circunstancias particulares, tuve la oportunidad de participar de procesos clave del feminismo en América Latina, tuve esa enorme oportunidad desde muy joven. Y aún en esos espacios, siempre mis comentarios venían del lado de la investigadora, y debo decirte que a veces no tenían muy buena acogida, porque como bien sabés, los investigadores siempre tenemos más preguntas que respuestas... Creo que hay algo en el ser investigador o investigadora que te da herramientas de sensibilidad y ciertas capacidades para

acomodarte a diversas situaciones, casi lo contrario a lo que el estereotipo del investigador a veces sugiere.

Pero hay algo más que yo reconozco en tu estilo, y que creo que compartimos, y es un estilo de escritura que trata de no ser de jerga y endogámico, aunque no necesariamente es lo que predomina...

Es verdad lo que decís, pero querés que te diga una cosa: a mí nunca me importó. Y es parte de las razones por la cuales yo tampoco formo parte del corazón de la academia, ni en América Latina ni en Argentina. Porque no comulgo, quizás por los estilos, no sé. Nunca me importó mucho no pertenecer a ese espacio. No lo digo con orgullo, quizás sea un defecto. Pero así me construí y así me sentí útil, tanto para la ciencia como para el cambio social.

Para resumir...

Y sí. Creo que para la ciencia, el estilo poco ortodoxo de escritura y de investigación muchas veces es útil, hace bien. Porque te permite volar un poco más allá de lo que los textos dicen y prescriben. Y para el activismo, disponer de un buen dato, no decir una pavada o una cosa por otra, también le hace muy bien, hace de tu discurso y acción política algo más creíble, más honesto. Sin creerme perteneciente a un grupo de mutantes, yo siempre me reconocí en esos lugares. Tuve buenos maestros que me enseñaron a hacer buena ciencia y a no ser prejuiciosa con la heterodoxia, a jugar con la ciencia, y a intentar hacer lo mejor que me era posible hacer y tuve mucha pasión por la acción política, sin muchos maestros, pero con lindas causas. A veces eso viene con una. No creo que sea genético, pero la preocupación por lo social y por la política la tuve antes de entrar al feminismo y antes de siquiera saber que existían los partidos políticos.

Y ligado a eso, ¿vos te identificas en términos generacionales con una generación de feministas académicas, te reconocés en alguna generación que haya precedido y alguna que haya sucedido, o...?

Interesante tu pregunta. No. Yo soy de una generación, de las más complicadas en la Argentina. Porque tengo 54 años, soy de una generación que fue una especie de jamón del sándwich. Porque a los maestros o los mataron o se fueron, y yo fui una de las privilegiadas que pudo aprovechar a quienes pudieron o debieron quedarse en la Argentina. Y mi

generación también fue muy diezmada, desde el punto de vista físico y político. Me he sentido muy reconocida formando parte del grupo de quienes fueron mis compañeros en la facultad, viví mucho en la experiencia de microclimas. Porque me formé en la época de la dictadura, y después en el CEDES. Te lo digo muy en clave personal porque creo que esas cosas se tejen en clave personal. Son oportunidades que se te van dando en la vida y que vos te vas armando conforme esas oportunidades. Y uno va haciendo después su propia escuela, se va posicionando en su vida más adulta como una referencia. Pero yo creo que mi generación tuvo una experiencia de mucha soledad. Por lo menos yo lo percibo así y no creo ser la única.

Y otro tema de este campo en estos años, que también tiene que ver con una preocupación mía, es pensar la relación de los derechos con la salud, la sexualidad y la reproducción, como derechos más bien de víctimas que tienen que ser reparadas en las injusticias padecidas, y no en tanto sujetos de derecho. A veces el lenguaje de sujetos y sujetas de derecho es sospechado frente a la idea de que sólo merecen ser escuchadas las víctimas, cuánto más inocentes e indefensas mejor. ¿No sentís que existe como un impasse, una suerte de callejón sin salida en el lenguaje de los derechos sexuales y reproductivos por esta idea de víctima y la dificultad de plantear el tema de una manera más positiva, hasta más alegre y feliz diría?

Es una linda pregunta. Lo que pasa es que yo nunca me identifiqué con la figura de la víctima. Entiendo lo que decís, y también sé que ha sido una corriente hegemónica durante muchos años, pero me parece que hay un impasse, no sé si tanto por el lado de la dificultad que vos marcás, de salirse de ese lugar y pasarse a un lugar más propositivo, más alegre. A mí me parece que el impasse actual está dado mayormente por la distancia entre la vida personal y los aparatos de las leyes y las políticas públicas. No lo podría fundamentar con resultados de investigación, pero me parece que esa distancia es aún hoy mayor que la que supe conocer hace 20 o 25 años cuando empecé a trabajar, la distancia entre lo que puede estar consagrado en algunas letras de las normas y la vida real de la gente. Yo veo que hay más impasse y más perplejidad ante lo que uno puede observar, en cuanto a la distancia entre algunos aparatos que la sociedad crea para regularse –como son las leyes, programas, políticas, en tanto letra escrita– y la vida de la gente. Creo que al campo de la salud reproductiva y los derechos sexuales le pasó mucho de esto. Al feminismo también le pasó mucho esto. Fijate que el feminismo dejó de tener esa praxis microsocia de los grupos de

reflexión. Yo pertencí a una de las últimas –quizá la última– generación que tocaba la puerta y entraba a esos grupos de reflexión de mujeres para hablar de nuestras vidas, de nuestros malestares, de nuestros sueños, de las broncas de no encontrar lo que creíamos que merecíamos, y luego nos fuimos todas, o casi todas como en dulce montón a trabajar en políticas públicas, en leyes, en abogacía, en campañas. Y me parece que ahí se quebró lo que creo fue una de las tareas más revolucionarias que el feminismo tuvo, la de la reflexión personal y colectiva sobre nuestros destinos como mujeres.

En esta brecha o en esta distancia, la academia pensada como una esfera autónoma, ¿en dónde queda? ¿También queda como en un no-lugar entre la vida cotidiana y la política?

Creo que también ha quedado atrapada un poco pedaleando en el vacío. Yo me acuerdo cuando era más joven –quizás esos lugares aún existen hoy y yo no los conozco y puedo estar hablando desde la ignorancia–, la reflexión sobre tu lugar en el mundo como investigador, de tus limitaciones personales como investigador para trabajar ciertos temas, o de tus potencialidades, la diferencia entre lo personal y lo político, formaban parte de muchas discusiones. Creo que eso se ha perdido un poco en aras de una estandarización de la vida académica, que sin duda tiene sus lados positivos, pero donde lo personal y lo político han dejado de estar en interlocución, por lo menos como yo lo conocí en mis años más jóvenes. Y creo que esto es un problema. Es un problema para la vida del investigador, para su calidad profesional, y también es un problema para la política.

Las publicaciones, los referatos, los indexados, los puntajes, reemplazaron a la pregunta para qué sirve lo que hago.

Yo tuve la enorme fortuna en mi vida de caer en esta institución, el CEDES, donde ese tipo de preguntas se hacían. Y también muchas de estas preguntas me fueron surgiendo y las fuimos autogestionando: armar grupos de estudio paralelos en la facultad, buscar profesores por fuera y traerlos a dar charlas. Era muy poco institucionalizado pero más aventurero. No me quiero volver una nostálgica de los viejos tiempos; la institucionalización sin duda trae ventajas, pero también obtura algunos procesos que para la formación política y académica de la gente son, a mi juicio, irremplazables.

Y en este cambio institucional del hacer investigación cómo queda el papel de las instituciones como el CEDES, que fueron un lugar casi oasis en las épocas de dictadura, y que cuando se normaliza la situación política quedan en un lugar complicado, por ejemplo, como institución formativa. Me preguntaron si reabren las maestrías del CEDES y no sé, porque son también estos tiempos de la institucionalización casi pautada desde el nivel central para abajo, donde cambian los tiempos de la investigación, los tiempos de la formación.

Absolutamente. Yo no intento volver al pasado no sólo porque no se puede, sino porque no es ni siquiera un buen sentimiento. Las cosas hay que tomarlas como son y punto. Y tratar de mejorarlas para adelante. Esto tiene el peso de la verdad, pero también implica un posicionamiento ideológico, psicológico y afectivo frente a los cambios. Podés vivir penando lo que ya no es o decir “uso lo que sé del pasado para ponerlo al servicio del futuro”, tan simple como eso. Pero es cierto que también siento que espacios como éste han perdido un poco su lugar por un montón de procesos. Pero yo sigo –y no creo que sea la única– conservando, recreando y tratando de transmitir la idea de que lo académico y la política pueden ir de la mano y que la formación, en una manera creativa y sólida de hacer investigación, se cimienta en el vínculo entre maestro y discípulo. Y sigo creyendo que la pequeña escala es la que hace la diferencia a gran escala y en eso me puedo morir equivocada, pero feliz.

Podemos retomar esos verbos y decir que podés vivir muchos años equivocada, muchísimas décadas bajo la misma preocupación.

A esta altura de la vida es difícil. Uno no deja de ser de determinada manera porque pasó de moda, una es una manera de ser.

Y una pregunta más, ¿qué te causa impaciencia en estos nuevos modos de investigar en Ciencias Sociales sobre sexualidad, derechos, salud?

A esta altura de la vida no hay muchas cosas que me produzcan impaciencia, pero sí hay una tensión o un malestar que siento, y que no sé cómo resolver, que me produce malestar, no necesariamente impaciencia. No me lo produce el problema en sí mismo, sino mi incapacidad de ver por dónde se puede resolver la tensión entre, por un lado, este estilo de formación y de rol del investigador que yo viví y que para mí ha sido extremadamente fructífero, sanador, iluminado y alegre, que ha sido la pequeña escala de las cosas, y por

otro lado, las grandes escalas masivas, estandarizadas e indexadas de las cosas. Yo me formé en una institución con un fuerte vínculo entre maestro y discípulo, en una institución donde no éramos muchos, donde nos juntábamos a tomar el té y discutíamos desde la última guía de entrevista hasta el diario de la mañana, todo eso mezclado. Y yo creo que hay que seguir haciéndolo, trato de hacerlo en la pequeña escala en la que me es posible. Sé que este estilo es difícil de sostener, pero me sigue pareciendo extremadamente poderoso para formar investigadores sensibles, comprometidos y de calidad, y también, para actuar en el mundo. Te diría que es esto lo que más me incomoda, y lo que me hace sentirme un poco excluida o un poco alejada, porque yo soy de las pequeñas escalas y no de las grandes escalas. No hago un culto de esto, es una elección. Pero me gustaría que hubiera más... A esta altura de la vida uno es en parte lo que eligió y en parte lo que le tocó. A mí me tocó eso y yo la verdad estoy muy feliz de que me haya tocado eso.

Linda frase para terminar.